# ΣΟΦΊΑ

## REVISTA TEOSÓFICA

*SATYAT NÂSTI PÂRO DHARMAH*

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD




# EL PLANO ASTRAL

(CONTINUACIÓN)

Lo que debemos tratar de comprender, es que en cada partícula de materia sólida, mientras permanezca en tal condición, reside, usando la fraseología pintoresca de los escritores de la Edad Media, un elemental terrestre, esto es, cierta cantidad de la esencia elemental viva que le es propia. Asimismo, en cada partícula de materia en los estados líquido, gaseoso y etéreo, moran respectivamente «elementales» del agua, del aire y del fuego. Existen también tres clases superiores que completan esta primera gran división septenaria, pero aparecen menos en la literatura indicada, porque la materia en que residen no es física, sino astral. La clase primera ó más elevada toma como *Upâdhi* (vehículo), la materia de la primera, segunda y tercera subdivisión del Kâmalôka, al paso que la segunda clase emplea la perteneciente al siguiente gran grupo, las divisiones cuarta, quinta y sexta; y la tercera clase sólo puede manifestarse por medio de la materia casi física que constituye el nivel inferior del Plano Astral. Se observará que esta primera gran división del tercer reino elemental es, por decirlo así, horizontal; esto es, sus clases respectivas se hallan como escalonadas, siendo cada una de ellas algo menos material que la que le sigue por debajo, la cual pasa á la de arriba por gradación casi imperceptible. Se comprende fácilmente cómo cada una de estas clases puede ser á su vez dividida horizontalmente en siete, puesto que hay muchos grados de densidad entre los sólidos, líquidos y gases. Hay también lo que pudie-

ra llamarse una división perpendicular, algo más difícil de comprender, principalmente por la gran reserva de los ocultistas respecto de algunos hechos que exigirían una explicación más completa. Lo más claro para explicar lo que sobre el asunto se permite revelar, es decir, que en cada una de las clases y subclases horizontales se encuentran siete tipos perfectamente distintos de esencia elemental, consistiendo la diferencia entre ellos, no ya en la materialidad, sino más bien en el carácter y afinidad. Cada uno de estos tipos reacciona en los demás, de modo que, aun cuando es imposible que cambien jamás entre sí su esencia, se encuentran en cada uno de ellos siete subtipos que se distinguen por el colorido que á su peculiaridad originaria da la influencia que más pronto las domina. Se notará que la división y subdivisión perpendiculares difieren completamente en carácter de las horizontales en el sentido de que aquél es más permanente y fundamental en las primeras; pues mientras que la evolución del reino elemental consiste en pasar con lentitud casi infinita á través de sus diversas clases y subclases sucesivamente, perteneciendo así á todas por turno, no sucede lo mismo con los tipos y subtipos que permanecen inalterables durante todo el tiempo. Un punto que debe tenerse siempre presente para comprender la evolución elemental, es que tiene lugar en lo que algunas veces se llama la curva descendente del arco; esto es, ésta marchando *hacia* la completa inmersión en la materia del reino mineral, en lugar de *alejarse* de ella, como sucede en la mayor parte de las evoluciones que conocemos; y este hecho la da algunas veces, cuando se la observa, una apariencia invertida, hasta que el investigador se hace cargo del asunto.

A pesar de estas múltiples subdivisiones, hay ciertas propiedades que poseen en común todas las variedades de esta extraña esencia viva; pero aun así son tan completamente diferentes de cuanto conocemos en el plano físico, que es muy difícil explicarlas á los que no pueden verlas por sí mismos en acción. Cuando una parte cualquiera de esta esencia permanece por algunos momentos sin ser afectada por ninguna influencia externa (estado, que dicho sea de paso, casi nunca se ve), no tiene ninguna forma definida, por más que aun así su movimiento es rápido é incesante; pero á la menor perturbación causada por alguna corriente de pensamiento pasajera, se determina una confusión indescriptible de formas en continua agitación, que cambian constantemente, haciéndose, precipitándose y desapareciendo con la rapidez de las burbujas en la superficie del agua en ebullición. Estas formas pasajeras, aunque asumen las de criaturas vivientes de

alguna clase, sean ó no humanas, no expresan la existencia de entidades separadas de la esencia más que como lo verifican las ondas igualmente cambiantes y multiformes que se levantan en un lago, previamente tranquilo, por la acción de algún choque repentino. Parecen ser meros reflejos del vasto depósito de la luz astral, pero, sin embargo, poseen generalmente cierta semejanza con el carácter de la corriente de pensamiento que las llama á la vida, aunque casi siempre afectan alguna contorsión grotesca ó aspecto terrorífico desagradable. En este punto ocurre naturalmente preguntar qué clase de inteligencia se ejercita en la selección de la forma apropiada, ó de su contorsión una vez elegida. No estamos tratando del elemental más poderoso y de vida más prolongada, que ha sido creado por un pensamiento definido potente, sino sólo del resultado producido por la corriente de pensamientos involuntarios semiconscientes, que la mayor parte de la Humanidad deja perezosamente cruzar por su cerebro, de modo que la inteligencia no se deriva de la mente del pensador; y á la verdad, no podemos atribuir á la esencia elemental misma ninguna actividad de carácter manásico, por pertenecer á un reino más alejado aún de la individualización que el mineral. Sin embargo, posee realmente una adaptabilidad maravillosa que se aproxima mucho á dicho carácter, y esta es, sin duda alguna, la propiedad que ha hecho que se considere á los elementales en una de las primitivas obras teosóficas, como «los seres semi inteligentes de la luz astral.»

Cuando tratemos de la clase artificial, tendremos más pruebas de este poder. Siempre que se habla de que un elemental es malo ó bueno, se hace referencia bien á un elemental artificial, ó bien á una de las muchas variedades de espíritus de la Naturaleza; pues los reinos elementales propiamente dichos, no admiten el concepto de bueno y malo, aunque exista cierta clase de propensión ó tendencia, que impregna todas sus subdivisiones, y que opera en el sentido de hacerlas más bien hostiles que favorables al hombre, como saben todos los neófitos; pues en la mayoría de los casos sus primeras impresiones del Plano Astral les revelan la presencia de enormes huestes de expectros proteos, que avanzan hacia ellos en actitud amenazadora, pero que siempre se retiran ó se desvanecen sin causarles daño, si les hacen frente sin temor. Á esta curiosa tendencia debe atribuirse el aspecto desfigurado y desagradable á que hemos hecho referencia, y de cuya existencia, dicen los escritores de la Edad Media, que el hombre debe culparse á sí mismo.

Muchas leyendas indican una edad de oro antes del presente Kaliyuga; entonces eran los hombres, por regla general, menos egoístas y más espirituales, y los «elementales» eran benévolos, lo que no son ahora á causa de la indiferencia y falta de simpatía del hombre por otros seres vivientes. Sobre este punto no tenemos pruebas directas; pero dada la maravillosa delicadeza con que responde la esencia á la menor influencia de nuestras mentes ó deseos, parece claro que este reino elemental, como un todo, es lo que el pensamiento colectivo de la Humanidad hace que sea. Cualquiera que reflexione sobre lo poco elevado que es el pensamiento colectivo de los tiempos presentes, no se maravillará de que recojamos con arreglo á lo que sembramos, y que esta esencia, que no tiene facultad de percepción, sino que recibe y refleja ciegamente lo que sobre ella se proyecta, exhiba generalmente cualidades hostiles.

No hay duda alguna que en las razas ó rondas futuras, cuando la Humanidad se haya elevado en su evolución á niveles superiores, los reinos elementales darán muestra del cambio de pensamiento que opere sobre ellos, y entonces no los encontraremos ya hostiles, sino dóciles y útiles, como sucederá también con el reino animal, según se nos dice. Sea lo que quiera lo que haya ocurrido en el pasado, es evidente que debemos esperar en el porvenir una «edad de oro», si llegamos á tiempo en que la mayor parte de los hombres sea noble y desinteresada, y las fuerzas de la Naturaleza coadyuven voluntariamente á su obra.

El hecho de que podamos influir tan fácilmente sobre los reinos elementales, nos indica que somos responsables respecto de ellos, por el modo en que usemos de esta facultad. A la verdad, cuando consideramos las condiciones bajo las cuales existen, se ve claramente que el efecto que en ellos producen los pensamientos y deseos de todos los seres inteligentes que habitan el mismo mundo que ellos, debió ser tenido en cuenta en el plan de nuestro sistema, como un factor de su evolución. A pesar de las plausibles doctrinas de todas las grandes religiones, la masa humana se halla por completo despreocupada de su responsabilidad en la esfera del pensamiento; cuando un hombre puede congratularse de que sus palabras y acciones han sido siempre inofensivas para los demás, cree que ha hecho cuanto de él podía exigirse, y no se da cuenta de que durante años enteros ha podido estar ejerciendo una influencia perniciosa en los que le rodean, llenando así el espacio de innobles creaciones de su sórdida mente. Más adelante, cuando tratemos del elemental artificial, estudiaremos un aspecto más

serio de esta cuestión; mas por lo que hace á la esencia, baste declarar que indudablemente tenemos el poder de acelerar ó retardar su evolución, según el uso que hagamos continuamente de ella, sea de un modo consciente ó inconsciente.

Sería imposible, dentro de los límites de un escrito como este, explicar los diferentes usos á que puede dedicarse esta esencia por los que hayan aprendido á manejarla. La mayor parte de las ceremonias mágicas son resultado casi exclusivo de este manejo, ya sea por voluntad directa del mago, ó por intervención de alguna entidad astral más definida, evocada con tal objeto. Por ella se producen casi todos los fenómenos físicos de las sesiones espiritistas, y en los más casos es también el agente que arroja las piedras y hace sonar las campanas en las casas frecuentadas por duendes, fenómenos todos que verifica con sus torpes esfuerzos para llamar la atención, alguna entidad humana sujeta á la tierra; y aun pueden ser también meras travesuras de algunos de los espíritus inferiores de la Naturaleza, pertenecientes á la tercera clase. Pero no debe jamás suponerse que lo «elemental» sea el primer causante del movimiento; es simplemente una fuerza latente que necesita de un poder externo que lo ponga en movimiento.

Aun cuando todas las clases de la esencia tienen el poder de reflejar las imágenes de la luz astral, como antes se ha dicho, hay algunas variedades que reciben ciertas impresiones mucho más fácilmente que otras. Tienen sus formas favoritas, por decirlo así, las cuales adoptan de un modo natural á cualquier perturbación, á menos que sean forzadas á tomar alguna otra; dichas formas tienden á ser un poco menos pasajeras que de ordinario.

Antes de terminar este punto, conviene poner en guardia al investigador contra la confusión en que muchos han caído por no haber distinguido la esencia elemental de que nos hemos ocupado, de la esencia monádica que se manifiesta por medio del reino mineral. Debe tenerse presente que la esencia monádica, en uno de los estados de su evolución hacia la Humanidad, se manifiesta por medio del reino elemental, así como posteriormente lo verifica por el mineral; pero el hecho de que dos cuerpos de esencia monádica en estos diferentes estados estén al mismo tiempo en manifestación, y que una de estas manifestaciones (la elemental terrestre) ocupe el mismo espacio que la otra habita (por ejemplo una roca), en nada perturba ni impide su respectiva evolución, ni implica tampoco relación alguna entre

las masas de la esencia monádica que tras ellas se hallan. La roca será igualmente compenetrada por su variedad propia del Jîva omnipresente ó principio de vida, pero ésta es también completamente distinta de las esencias de que hablamos.

2. *El Kâmarûpa de los Animales.* — Esta es una clase excesivamente grande, y sin embargo, no ocupa una posición particularmente importante en el Plano Astral; pues los que la forman permanecen generalmente en él muy poco tiempo. La mayor parte de los animales no han adquirido aún individualidad permanente; y cuando uno de ellos muere, la esencia monádica que se manifestaba por su medio, vuelve otra vez á la capa particular de que provino, llevando consigo el progreso ó experiencias alcanzados durante aquella vida. No puede hacer esto, sin embargo, inmediatamente; el aura kámica del animal, se transforma en un kâmarûpa, lo mismo que sucede con el hombre, y el animal tiene una existencia verdadera en el Plano Astral, cuya duración, aunque nunca es grande, varía según la inteligencia que ha desarrollado. En la mayoría de los casos no aparece más que en un estado de somnolencia, aunque perfectamente dichoso. Los relativamente pocos animales domésticos que han alcanzado ya la individualidad, y que, por tanto, no volverán á nacer como animales en este mundo, tienen una vida mucho más larga y lúcida en el Kâmalôka que sus semejantes menos avanzados, y á su terminación caen gradualmente en un estado subjetivo, que probablemente dura un período muy considerable. Una subdivisión interesante de esta clase de kâmarûpas, es la de los monos antropoides que menciona *La Doctrina Secreta* (vol. I, pág. 179, edición española), que están ya individualizados, y se hallan prontos á tomar encarnación humana en la próxima ronda, y algunos de ellos quizá antes.

3. *Espíritus de la Naturaleza de todas clases.* — Tantas y tan variadas son las subdivisiones de esta clase, que para hablar con alguna exactitud sobre ellas, se necesitaría dedicarles un tratado aparte. Sin embargo, todas tienen algunas cualidades características en común. Bastará á nuestro objeto dar alguna idea de ellas. En primer término, debe tenerse entendido que estas entidades difieren radicalmente de todas las que hasta aquí nos han ocupado. Aun cuando puede clasificarse la esencia elemental y el kâmarûpa animal como no humanos, la esencia monádica, que por medio de ellos se manifiesta, evoluciona y alcanzará en el transcurso de los tiempos el nivel de manifestación de alguna humanidad futura como la nuestra; y si nosotros pudiésemos mirar á través de edades sin cuento los preliminares

de nuestra propia evolución en manvantaras anteriores, veríamos que lo que ahora somos, ha pasado en su marcha evolutiva por estados análogos. Mas esto no se refiere al vasto reino de los espíritus de la Naturaleza: no han formado, ni formarán jamás, parte de una Humanidad como la nuestra; la línea de su evolución es completamente distinta, y la única conexión que con nosotros tienen, es que temporalmente ocupamos el mismo planeta. Y puesto que somos vecinos, nos debemos mutuamente la benevolencia de tales cada vez que nos encontremos; pero difieren de tal modo nuestras respectivas evoluciones, que es muy poco lo que podemos hacer los unos por los otros.

Muchos escritores han incluído estos espíritus entre los elementales, y desde cierto punto de vista es correcto hacerlo así, pues son realmente los elementales de una evolución superior. Aunque perteneciendo á un plano de evolución mucho más elevado que nuestra esencia elemental, tienen, sin embargo, algunas cualidades características en común con ella; por ejemplo: están también divididos en siete grandes clases, y habitan respectivamente los mismos siete estados de materia ya referidos, compenetrados por la correspondiente clase de esencia. Así, tratando de aquellos que nos son más fáciles de comprender, diremos que hay espíritus de la tierra, del agua, del aire y del fuego (ó éter): entidades astrales definidas é inteligentes que residen ó funcionan en cada uno de esos medios. Se preguntará cómo es posible que un ser cualquiera pueda habitar la substancia sólida de la roca ó de la corteza de la tierra. La respuesta es que, dado que los espíritus de la Naturaleza están formados de materia astral, la substancia de la roca no les estorba el movimiento ni la visión; y más aún: la materia física en su estado sólido, es su elemento natural, el único á que están acostumbrados, y dentro del cual se hallan en su casa. Lo mismo sucede con los que viven en el agua, en el aire y en el éter. En la literatura de la Edad Media, los espíritus terrestres son generalmente llamados gnomos, mientras que á los espíritus del agua, se da el nombre de ondinas, á los del aire sílfides, y á los del éter salamandras. En el lenguaje popular, se les conoce por muchos nombres: hadas, duendes, enanos, sátiros, faunos, trasgos, vestiglos, etc., siendo algunos de estos nombres aplicados tan sólo á una clase, y otros á todas indistintamente. Sus formas son muchas y diversas, pero generalmente tienen el tipo humano, aunque algo diminuto. Como casi todos los habitantes del Plano Astral, pueden adoptar la forma que quieran, pero es indudable que tienen formas propias definidas,

ó más bien formas favoritas que asumen cuando por algún fin especial no toman otra. En circunstancias ordinarias no son visibles físicamente, pero tienen la facultad de hacerse tales por medio de la materialización, cuando desean ser vistos.

Hay un número inmenso de subdivisiones ó razas entre ellos, y los individuos de estas subdivisiones difieren en inteligencia y disposiciones, precisamente lo mismo que los seres humanos. La mayor parte de ellos eluden toda relación con la Humanidad; las costumbres y emanaciones de los hombres les son odiosas, y les perturba y molesta el constante tumulto de corrientes astrales que estos últimos ponen en acción con sus deseos mal regulados é incesantes. Pero hay ejemplos de espíritus de la Naturaleza que se han hecho amigos, por decirlo así, de seres humanos, ofreciéndoles la ayuda que podían darle, como refieren las historias bien conocidas de los duendes escoceses y de las hadas que encienden el fuego, mencionadas en la literatura espiritista. Esta actitud benévola, sin embargo, es relativamente rara, y en la generalidad de los casos, cuando se ponen en contacto con el hombre, muestran indiferencia ó disgusto, ó bien tienen un placer diabólico en engañarle ó en divertirse á sus expensas. En las aldeas de las comarcas montañosas se oyen muchas historias de esta clase, y los que tengan la costumbre de frecuentar las sesiones espiritistas, habrán presenciado ejemplos de burlas más ó menos necias, pero generalmente desprovistas de mala intención, que indican siempre la presencia de alguna de las clases inferiores de espíritus de la Naturaleza. La facultad maravillosa que tienen de embaucar á los que se prestan á su influencia, les ayuda mucho en sus trapacerías, de tal modo, que sus víctimas del momento ven y oyen tan sólo lo que estos encantadores les sugieren, como los sujetos magnetizados ven, oyen, sienten y creen lo que desea el magnetizador. Los espíritus de la Naturaleza, sin embargo, no poseen el poder de dominar la voluntad humana, excepto cuando se trata de gente extraordinariamente débil de carácter, ó de los que se dejan sobrecoger por un sentimiento de terror que anule temporalmente su voluntad; no pueden pasar del engaño de los sentidos, pero en este arte son indudablemente maestros, y no faltan ejemplos de haber embaucado á gran número de personas á la vez. Con su ayuda ejecutan los juglares indios las suertes más maravillosas, alucinando á todo el auditorio y haciéndole creer que ven y oyen sucesos que ni remotamente tienen lugar.

Casi podríamos considerar á los espíritus de la Naturaleza como una

especie de humanidad astral, á no ser porque ninguno de ellos, ni aun los más elevados, posee una individualidad permanente que reencarne. Aparentemente, por tanto, uno de los puntos en que su evolución difiere de la nuestra, es que desarrollan una inteligencia mucho mayor antes de que tenga lugar la individualización permanente; pero de los estados por los cuales han pasado y por los que tengan que pasar en adelante, muy poco podemos saber. Los períodos de vida de las diferentes subdivisiones varían mucho, siendo algunos mucho más cortos y otros mucho más largos que nuestra vida normal. Somos tan ajenos á su modo de ser, que sólo nos es posible comprender muy poco acerca de su estado; mas por regla general, parece ser una especie de existencia simple, alegre é irresponsable, semejante á la de una partida de niños felices en condiciones físicas excepcionalmente favorables. Aunque burlones y traviesos, rara vez son malignos, á menos de ser atormentados ó provocados por alguna intrusión injusta; pero en su conjunto participan hasta cierto punto de un sentimiento universal de desconfianza hacia el hombre, y generalmente parecen mal impresionados á la aparición de un neófito en el Plano Astral, de modo que por lo común éste comienza á verlos bajo formas desagradables ó terroríficas. Pero si no se deja intimidar por sus artimañas, pronto lo aceptan como un mal necesario, no fijándose más en él, aunque algunos llegan á hacerse sus amigos y manifestar placer al verle.

Algunas de entre las múltiples subdivisiones de esta clase son menos infantiles, y tienen más dignidad que las descritas; y de estas secciones es de donde provienen las entidades que algunas veces han sido reverenciadas como dioses de los bosques y dioses de las aldeas. Estas entidades son muy sensibles á la lisonja que implica la reverencia que se les profesa, gozan con ella, y sin duda alguna se hallan por completo dispuestos á retribuirla con cualquier pequeño servicio que se les pida y que puedan hacer. (El dios de aldea es á menudo también una entidad artificial, pero de esta clase se tratará en su debido lugar). El Adepto sabe emplear los servicios de los espíritus de la Naturaleza cuando los necesita; pero el mago ordinario sólo puede obtener su ayuda por un procedimiento de evocación, bien llamando su atención y solicitándolos por medio de un pacto, ó bien tratando de poner en acción influencias que les fuercen á la obediencia. Ninguno de estos métodos es de desear, y el último es además excesivamente peligroso; pues el operador podría despertar hostilidades que podrían serle fatales. Inútil es decir que á nadie que se dedique al ocultismo, bajo la

dirección de un verdadero Maestro, le es permitido hacer semejantes ensayos.

4. *Los Devas.* — El grado más elevado de la evolución, relacionado con esta tierra, es, según lo que nosotros hemos podido escudriñar, el de los seres á quienes los indios llaman Devas, denominados también ángeles, hijos de Dios, etc. Pueden efectivamente ser considerados como un reino que se halla inmediatamente encima de la Humanidad, del mismo modo que la Humanidad está encima del reino animal, pero con la importante diferencia de que mientras que para el animal no es posible la evolución á través de otro reino que el humano, el hombre, cuando alcanza cierto estado elevado, tiene varios senderos de progreso abiertos ante sí, siendo uno de ellos la evolución deva. En comparación con la sublime renuncia del Nirmânakaya, el aceptar esta evolución es, según se dice en algunas obras, «ceder á la tentación de convertirse en un dios»; pero esto no implica ni la menor sombra de censura para el hombre que así escoja. El sendero que elige no es de los más cortos, pero es muy noble, y si su intuición desarrollada le impele hacia él, probablemente es por considerarlo el más adecuado á sus aptitudes. No debemos olvidar nunca que en la ascensión espiritual, lo mismo que en la física, no todos pueden soportar las fatigas del camino más empinado; hay muchos para quienes el único camino es el que parece más lento, y seríamos verdaderamente indignos partidarios de los grandes Maestros, si permitiésemos que pasara por nuestras mentes el menor pensamiento de desprecio hacia aquellos que difieren de nosotros. Por grande que sea nuestra presente confianza, fundada en la ignorancia de las dificultades futuras, nos es imposible en el estado de progreso en que nos hallamos, adivinar lo que seremos capaces de hacer cuando después de muchas vidas de lucha paciente, lleguemos á obtener el derecho de elegir nuestro porvenir; y verdaderamente, aun aquellos que «ceden á la tentación de ser dioses», tienen ante sí una carrera suficientemente gloriosa, como se verá ahora. Para evitar toda mala inteligencia, diremos que algunas veces se atribuye en los libros á esta frase de «convertirse en dios», otro mal sentido; pero en esta forma no puede considerarse ciertamente como una «tentación» para el hombre desarrollado, y en todo caso esto es por completo extraño á nuestro asunto.

En la literatura oriental, la palabra «Deva» se usa con frecuencia para denotar toda clase de entidades no humanas, de modo que se comprende en ella al Dhyan Chohan por una parte, y á los espíritus de la Naturaleza

y elementales artificiales por otra. Nosotros, sin embargo, limitaremos su uso á la magnífica evolución en que nos estamos ahora ocupando. Los Devas, aunque relacionados con nuestra tierra, no están de ningún modo confinados á ella, pues la totalidad de nuestra presente cadena de siete mundos, es para ellos como un mundo, teniendo lugar su evolución á través de un gran sistema de siete cadenas. Sus huestes han sido reclutadas principalmente de otras humanidades del sistema solar, inferiores unas y superiores otras á la nuestra, dado que sólo una pequeña parte de ésta ha alcanzado el nivel en que es posible para nosotros formar parte de ellas; pero parece lo cierto que algunas de sus numerosas clases no han pasado, en su marcha progresiva, por ninguna humanidad que pueda compararse á la nuestra. En la actualidad no nos sería imposible el comprender lo que con ellos se relaciona, pero lo que pudiera considerarse como objeto de su evolución, es mucho más elevado que el nuestro; es decir, que mientras el propósito de nuestra evolución es elevar la porción humana más sobresaliente á cierto grado de desarrollo oculto al final de la séptima ronda, la finalidad de la evolución deva coloca sus filas más avanzadas en un nivel mucho más elevado en el período correspondiente. Ellos, lo mismo que nosotros, tienen abierto á sus esfuerzos un sendero penoso, pero más corto, que conduce á alturas sublimes; mas sobre lo que sean las alturas á que aspiran, sólo podemos hacer conjeturas.

Por lo que se relaciona con el asunto del Plano Astral, sólo podemos hacer referencia al rango inferior de esta augusta colectividad. Sus tres grandes divisiones inferiores (principiando desde abajo) se llaman, por lo general, Kâmadevas, Rûpadevas y Arûpadevas, respectivamente. Así como nuestro cuerpo ordinario—el más bajo posible para nosotros—es el físico, el cuerpo de un Kâmadeva es el astral; de modo que se halla aproximadamente en el mismo estado que tendrá la Humanidad cuando alcance el planeta F; y viviendo ordinariamente en el cuerpo astral, puede dejarlo y pasar á esferas superiores en un Mayâvirûpa, como nosotros pudiéramos hacerlo en cuerpo astral; mientras que el entrar en el Karanasarîra sería para él (una vez desarrollado para ello) un esfuerzo no mayor que el que nosotros necesitamos para formar el Mayâvirûpa. Del mismo modo, el cuerpo ordinario del Rûpadeva sería el Mayâvirûpa, pues su morada está en los cuatro niveles inferiores ó rupas del estado espiritual, que generalmente llamamos Devachán. El Arûpa pertenece á los tres niveles superiores de este plano y no necesita más envoltura que el Karanasarîra. Pero la

manifestación de los Rûpa y Arûpadevas en el Plano Astral, es una ocurrencia tan rara, por lo menos, como lo es para las entidades astrales el manifestarse en este plano físico; así no tenemos para qué entrar en más detalles sobre el particular. Sería error suponer á los Kamadevas que forman la división inferior, muy superiores á nosotros; la generalidad de ellos es mucho más elevada que la nuestra, pues todo mal activo ó voluntario ha desaparecido hace mucho tiempo de entre ellos; pero difieren grandemente en sus predisposiciones, de tal modo, que un hombre verdaderamente noble, desinteresado y espiritual, puede hallarse más elevado en la escala de la evolución que algunos de ellos. Puede llamarse su atención por ciertas invocaciones mágicas; pero la única voluntad humana capaz de dominar la suya, es la de cierta clase de Adeptos elevados. Por regla general, parecen darse muy poca cuenta de nosotros mientras nos hallamos en el plano físico; pero sucede de vez en cuando que alguno de ellos advierte alguna aflicción humana, y excitada su compasión, concede acaso alguna ayuda al que sufre, al modo como nosotros nos prestamos á socorrer á un animal, si por acaso le vemos sufrir. Pero es cosa corriente entre ellos que toda intervención en los asuntos humanos, en el estado que actualmente atravesamos, debe resultar probablemente más perjudicial que beneficioso. Sobre los Arûpadevas hay otras cuatro grandes divisiones, y encima de ellos y más allá del reino deva se hallan las grandes huestes de Dhyan Chohans; pero estaría fuera de lugar tratar de estos gloriosos Seres en una relación limitada al Plano Astral.

Aunque es asunto extraño á las clasificaciones que nos ocupan, es éste, quizás, el momento más oportuno de mencionar los seres maravillosos é importantes llamados los cuatro Devarâjahs. En esta denominación no debe tomarse la palabra Deva en el sentido hasta aquí empleada, pues estos cuatro Reyes no gobiernan el reino deva, sino los cuatro «elementos»: tierra, agua, aire y fuego, con sus habitantes, espíritus naturales y esencias. Qué clase de evolución los ha conducido á su presente estado de elevado poder y sabiduría, lo ignoramos; sólo sabemos que no han pasado por nada que pertenezca á nuestra propia Humanidad. Generalmente se les menciona como los Regentes de la Tierra, ó los Angeles de los cuatro puntos cardinales; y los libros indios los llaman los Chatûr Maharâjahs, dándoles los nombres de Dhritarâshtra, Virûdhaka, Virûpaksha y Vaisrâvana. En los mismos libros sus huestes son llamadas Gandharvas, Kumbhandas, Nâgas y Yakshas respectivamente, siendo apropiados los cuatro puntos

cardinales á cada uno de estos seres en su correspondiente orden: Este, Sur, Oeste y Norte. Sus colores simbólicos son blanco, azul, rojo y oro. En la *Doctrina Secreta* se les menciona como «globos alados y ruedas ígneas»; y en la Biblia aparece Ezequiel haciendo una descripción notable de ellos, usando palabras semejantes. En la simbología de todas las religiones, se hace referencia á ellos, y siempre se les ha tenido en la mayor reverencia como protectores de la Humanidad. Son los agentes del Karma del hombre durante su vida en la tierra, por lo que tienen un papel importantísimo en el destino humano. Los Lipika, las grandes deidades kármicas del Kosmos, ponderan los hechos de cada personalidad, cuando se verifica en el Kâmalôka la separación final de sus principios, y dan, por decir así, el molde de un Linga Sarîra exactamente apropiado al Karma para el siguiente renacimiento; pero los Devarâjahs, que tienen el dominio de los «elementos» de que ha de formarse este Linga Sarîra, son los que arreglan su proporción de manera que se cumpla con toda exactitud la intención de los Lipika. Ellos son también los que vigilan constantemente la vida para contrabalancear los cambios por que perpetuamente pasa la condición humana por razón del libre albedrío de la persona y el de los que la rodean, á fin de que no pueda haber injusticia, y que el Karma se cumpla con exactitud de un modo ú otro. En la *Doctrina Secreta,* vol. I, pág. 127-132 (edición española), se encuentra una sabia disertación sobre estos seres maravillosos. Pueden tomar la forma material humana á voluntad, y se conocen varios casos en que lo han verificado. Todos los espíritus superiores de la Naturaleza y las huestes de elementales artificiales, actúan como agentes suyos en la grande obra que llevan á efecto, estando, sin embargo, todos los hilos en sus manos, y siendo exclusivamente suya toda la responsabilidad. No se manifiestan á menudo en el Plano Astral, pero cuando lo hacen, son ciertamente los más notables de sus habitantes no humanos. No es necesario decir al que se dedica al estudio del ocultismo, que así como hay siete grandes clases, tanto de espíritus de la Naturaleza como de esencia elemental, debe haber realmente siete Devarâjahs, y no cuatro; pero fuera de la iniciación se sabe muy poco, y se puede decir menos de los tres superiores.

C. W. LEADBEATER.

(Se continuará.)



# El hombre y sus cuerpos. [1]

REINA tal confusión respecto de la conciencia y de sus vehículos, del hombre y sus envolturas, que urge hacer á los teosofistas una exposición clara de los hechos en cuanto éstos nos son conocidos. Hemos llegado á un punto de nuestros estudios, donde mucho de lo que en un principio era obscuro, se ha aclarado; mucho que era vago, se ha definido; mucho que era aceptado como teoría, se ha convertido en conocimiento directo. Por tanto, es posible presentar hechos comprobados en serie determinada, hechos que podrán observarse una y otra vez á medida que los sucesivos investigadores desarrollen la clarividencia, y sean capaces de tratar sobre ellos con la misma certeza conque el físico se ocupa en los fenómenos observados y anotados por su ciencia.

Al comenzar nuestro trabajo, es necesario que el lector europeo procure variar el concepto bajo el cual considera al hombre, y aprenda á distinguirlo de los cuerpos en que mora. Tenemos muy arraigada la costumbre de identificarnos con las envolturas externas que llevamos, y somos muy propensos á pensarnos como si fuéramos nuestros cuerpos. Es necesario, pues, si queremos adquirir el verdadero concepto de nuestro ser, que abandonemos este punto de vista y dejemos de identificarnos con las envolturas de que nos revestimos por cierto tiempo, y que desechamos luego, para ponernos otras nuevas cada vez que las necesitamos. La identificación con estos cuerpos que sólo tienen una existencia pasajera, es, en realidad, tan necia y poco razonable, como si nos identificáramos con nuestros vestidos; no dependemos de ellos: su valor está en proporción de su utilidad. El error que constantemente se comete de identificar la conciencia, la cual es nosotros mismos, con los vehículos en que funciona temporalmente, sólo tiene por excusa el hecho de que la conciencia en el estado de vigilia, y hasta cierto punto en el del sueño, vive y obra en el cuerpo, y no es conocida aparte de él por el hombre vulgar; sin embargo,

(1) Correspondiente al *Lucifer* de Enero.

puede obtenerse un concepto intelectual de las verdaderas condiciones, y podemos considerar á nuestro yo como dueño de sus vehículos; y con el tiempo, y por medio de la experiencia, esto se convertirá para nosotros en un hecho definido, cuando aprendamos á separarnos de nuestros cuerpos, á salir fuera de nuestro vehículo, y veamos que tenemos una conciencia mucho más completa fuera que dentro de él, y que en modo alguno dependemos del mismo. Una vez alcanzado esto, nos será imposible seguir identificándonos con nuestros cuerpos, y nunca más volveremos á cometer el error de suponer que somos lo que llevamos. La inteligencia clara de este concepto se halla al alcance de todos, y podemos enseñarnos á adquirir el hábito de distinguir entre el yo—el hombre—y sus cuerpos. Únicamente así abandonaremos la ilusión que envuelve á la mayor parte de los hombres, y cambiaremos por completo nuestro modo de considerar la vida y el mundo, elevándonos á la región serena que está sobre «los cambios de esta vida mortal», donde nos encontraremos por encima de las pequeñeces que tanto agobian la conciencia, y veremos la verdadera proporción entre lo mudable y lo relativamente permanente, distinguiendo al hombre que flota á merced de las olas que le llevan y traen, del hombre firme sobre la roca, que ve el oleaje romperse impotente á sus pies.

Por hombre entiendo al yo vivo, consciente y pensante: al individuo; por cuerpos, las diversas envolturas en que el yo está encerrado, cada una de las cuales sirve al yo para funcionar en determinada región del Universo. Lo mismo que se usa del carruaje en tierra, del barco en el agua y del globo en el aire, para trasladarse de un lugar á otro, siendo el viajero siempre el mismo, así también el yo, el hombre verdadero, permanece el mismo, cualquiera que sea el cuerpo en que funciona; y así como el carruaje, el barco y el globo son diferentes por sus materiales y construcción, conforme al elemento á que están destinados, así varía cada cuerpo con arreglo al medio en que ha de actuar. Uno es más grosero, otro de menos duración, otro tiene menos facultades, pero todos tienen de común que, con relación al hombre, son transitorios, son sus instrumentos, sus servidores, que se gastan y se renuevan según su naturaleza, adaptados á sus mudables necesidades, á sus poderes progresivos. Los estudiaremos uno por uno, principiando por el inferior, y luego nos ocuparemos del hombre mismo, del actor en todos estos cuerpos.

## I. EL CUERPO FÍSICO

Bajo el término cuerpo físico, deben incluirse los dos principios inferiores del hombre (llamados en lenguaje teosófico el Sthûla Sharîra y el Linga Sharîra), puesto que ambos funcionan en el plano físico, están compuestos de materia física, son abandonados por el hombre al tiempo de su muerte, y se desintegran juntos en el mundo físico cuando aquél pasa al astral.

Otra razón para clasificar estos dos principios como cuerpo ó vehículo físico, es que, mientras no podamos salir del mundo físico, tenemos que usar de una ú otra, ó de ambas envolturas á la vez; las dos pertenecen al plano físico por la materia de que están formadas, y no pueden pasar del mismo; la conciencia que obra dentro de ellas, se halla circunscrita á los límites físicos, y está sujeta á las leyes ordinarias del espacio y del tiempo. Aun cuando parcialmente separables, se separan rara vez durante la vida terrestre, no siendo tal separación nada buena, sino señal de enfermedad ó de constitución desequilibrada.

Distínguense por los materiales de que están compuestos, el uno como cuerpo grosero, y el otro como doble etéreo, siendo este último el duplicado exacto del cuerpo visible, partícula por partícula, y el medio por el cual funcionan todas las corrientes vitales y eléctricas de que depende la actividad del cuerpo. Este doble etéreo ha sido hasta ahora llamado Linga Sharîra, pero es más conveniente abondonar el uso de este nombre, por varias razones. El «Linga Sharîra», desde tiempo inmemorial, ha sido usado en los libros indios en otro sentido, y se origina grandísima confusión entre los estudiantes de la literatura oriental, así asiáticos como europeos, al oir otros significados arbitrarios distintos del suyo reconocido; esta razón basta por sí sola para que se abandone el uso impropio.

Por otra parte, es mejor tener nombres europeos para designar la constitución humana, suprimiendo así de las obras elementales la gran dificultad de la terminología sanskrita. El nombre de doble etéreo expresa exactamente la naturaleza y constitución de la parte más sutil del cuerpo físico, siendo, por tanto, significativo y fácil de recordar, cómo debe ser todo nombre; es «etéreo» porque se compone de materia etérea, y «doble» por ser duplicado exacto del cuerpo grosero, su sombra, por decirlo así.

Ahora bien; la materia física tiene siete subdivisiones distinguibles una de otra, cada una de las cuales presenta gran variedad de combinaciones dentro de sus propios límites. Las subdivisiones son: estado sólido, líquido, gaseoso y etéreo; este último se compone de cuatro estados tan distintos entre sí, como lo es el líquido respecto al sólido y al gaseoso. Estos son los siete estados de la materia física, y cualquiera parte de ésta es susceptible de pasar por los siete estados, aun cuando bajo lo que llamamos temperatura y presión normales, asuma uno ú otro de ellos como su estado permanente; así el oro es de ordinario sólido, el agua líquida y el cloro gaseoso. El cuerpo físico del hombre está compuesto de materia en estos siete grados, conteniendo el cuerpo grosero, sólidos, líquidos y gases; y el doble etéreo las cuatro subdivisiones del éter, conocidas respectivamente como éter I, éter II, éter III y éter IV.

Cuando se exponen las verdades teosóficas elevadas, se quejan algunos de que se hallan á demasiada altura, y preguntan: ¿Por dónde hemos de principiar? Si queremos aprender por nosotros mismos y comprobar la verdad de las afirmaciones que se hacen, ¿de dónde debemos partir? ¿Cuáles son los primeros pasos que debemos dar? ¿Cuál es, en realidad, el alfabeto de este lenguaje en que los teosofistas discurren tan corrientemente? ¿Qué debemos hacer nosotros los hombres que vivimos en el mundo, para poder comprender y comprobar tales materias, en lugar de aceptarlas simplemente bajo la fe de otros que nos dicen que saben? Voy á contestar á estas preguntas en las páginas que siguen, de modo que los que estén verdaderamente interesados sepan los primeros pasos que deben dar, teniendo entendido que estos pasos deben ir en conformidad con una vida, cuyos aspectos moral, intelectual y espiritual se practiquen también. Nada de lo que el hombre ejecute en relación solamente con el cuerpo físico, puede hacer de él un vidente ó un santo; pero también es verdad que, siendo él cuerpo un instrumento de que tenemos que hacer uso, es necesario tratarlo de modo que nos sirva para encaminarnos en la dirección del Sendero. El trato sólo del cuerpo no nos conduciría á las alturas á que aspiramos, mas su abandono nos haría completamente imposible el escalar esas elevadas regiones. Los instrumentos del hombre son los cuerpos en que tiene que vivir y trabajar, y la primera cosa de que tenemos que penetrarnos es lo siguiente: que el cuerpo existe para nosotros, no nosotros para el cuerpo; el cuerpo es nuestro para usarlo, no somos nosotros de él para que nos

use. El cuerpo es un instrumento que debe ser refinado, mejorado, educado, modelado de tal modo y hecho de tales constituyentes, que sea en el plano físico el medio más adecuado para los fines superiores del hombre. Todo lo que conduzca á este propósito debe practicarse y fomentarse; todo lo que sea contrario á él, debe eludirse. No importan las propensiones que el cuerpo pueda tener ni las costumbres que haya contraído en el pasado; el cuerpo es nuestro, es nuestro servidor para emplearlo como queramos; desde el momento en que tome la dirección y pretenda guiar al hombre en lugar de ser guiado, todo el objeto de la vida queda invertido, y toda clase de progreso se hace absolutamente imposible. Este es el punto de donde tiene que partir toda persona que tenga un verdadero interés por la Teosofía. La naturaleza misma del cuerpo físico hace que se le pueda convertir fácilmente en servidor ó instrumento. Tiene ciertas particularidades que nos ayudan á educarlo, y que le hacen relativamente fácil de dirigir y formar; una de ellas es que una vez acostumbrado á obrar de cierto modo, sigue voluntariamente por la misma senda, encontrándose tan feliz en ella, como cuando seguía una línea de conducta distinta. Si se ha adquirido una mala costumbre, el cuerpo se resistirá de un modo notable á cambiarla; pero si se le obliga á ello, si se vence el obstáculo que opone y se le fuerza á obrar con arreglo á la voluntad, entonces, al poco tiempo el cuerpo, por acuerdo propio, repetirá la nueva costumbre que el hombre le ha impuesto, y seguirá el nuevo método con tanta satisfacción como lo hacía con el anterior.

Ocupémonos ahora en la consideración del cuerpo denso, que podemos llamar la parte visible del cuerpo físico, aun cuando los constituyentes gaseosos no sean asequibles á la visión física inexperta. Esta es la envoltura exterior del hombre, su manifestación inferior, la expresión más limitada é imperfecta de sí mismo.

*El Cuerpo Denso.* — Tenemos que detenernos bastante á considerar la constitución del cuerpo, para poder comprender el modo como debemos considerarlo, purificarlo y educarlo; tenemos que observar una serie de actividades, cuya mayor parte se hallan fuera del dominio de la voluntad, y luego aquellas que pueden dominarse. Ambas clases de actividades obran por medio de sistemas nerviosos diferentes. Por uno de ellos se ejercitan todas las actividades del cuerpo que sostienen la vida ordinaria, por cuyo medio se contraen los pulmones, late el corazón y son dirigidos los movimientos del sistema nervioso. Este se compone de los nervios

involuntarios, llamados comúnmente el «sistema simpático». En un tiempo, durante el largo pasado de la evolución física, en la que se formaron nuestros cuerpos, este sistema estaba bajo el gobierno del animal que lo poseía, pero gradualmente principió á funcionar automáticamente; se separó del dominio de la voluntad, adquirió una propia, casi independiente, y ejercitó por sí todas las actividades vitales que constituyen la normalidad. Mientras una persona está saludable, no nota estas actividades; siente que respira cuando la respiración está oprimida ó detenida, siente que su corazón late cuando el latido es violento ó irregular; pero cuando todo está bien, la marcha del sistema pasa inadvertida. Sin embargo, es posible poner el sistema simpático nervioso bajo el dominio de la voluntad, por medio de una práctica larga y muy penosa; y una clase de Yogîs en la India, llamada Hatha Yogî, desarrollan este poder en un grado extraordinario, con objeto de estimular las facultades psíquicas inferiores. Es posible desarrollar éstas (sin tener para nada en cuenta el desarrollo espiritual, moral é intelectual) por medio de acción directa sobre el cuerpo físico. El Hatha Yogî aprende á dominar el aliento, hasta el punto de suspenderlo por un período considerable de tiempo; á dominar los latidos del corazón, apresurando ó retardando la circulación á voluntad; y por estos medios pone el cuerpo físico en estado de *trance*, y en libertad el cuerpo astral. Este método no debe imitarse, pero es instructivo para las naciones occidentales (que consideran al cuerpo con una naturaleza tan imperativa) el saber cuán por completo puede un hombre dominar este proceso físico normalmente automático, y el hacerse cargo de que miles de hombres se imponen una disciplina larga y en extremo dolorosa para libertarse de la cárcel del cuerpo físico, y conocer que viven cuando se halla suspendida la animación del cuerpo. Por lo menos son gente decidida, y no son ya los meros esclavos de los sentidos.

Prosiguiendo nuestro estudio, tenemos el sistema nervioso voluntario, mucho más importante para nuestro objeto mental. Este gran sistema es el instrumento del pensamiento, y por medio de él sentimos y nos movemos en el plano físico. Lo forman el eje cerebro-espinal — el cerebro y la espina dorsal — y los filamentos nerviosos que parten de él para todo el cuerpo, ó sea los nervios motores y de sensación: los nervios por medio de los cuales sentimos, que corren de la periferia al eje, y los nervios por los cuales nos movemos, que se dirigen del eje á la periferia. De todo el cuerpo parten los hilos nerviosos, asociándose unos con otros y formando

haces que se juntan á la médula espinal, y constituyen su substancia fibrosa externa, y pasando al cerebró se esparcen y ramifican en él, que es el centro de toda sensación y de todo movimiento voluntario. Este es el sistema por medio del cual expresa el hombre su voluntad y su conciencia, y de él puede decirse que tiene su asiénto en el cerebro. El hombre no puede hacer nada en el plano físico, sino por medio del cerebro y del sistema nervioso; si éstos están desarreglados, no podrá expresarse de un modo ordenado. Este es el hecho sobre el cual el materialismo ha fundado su afirmación de que el pensamiento y la acción cerebral varían juntos. Considerando tan solo el plano físico, como lo hacen los materialistas, ciertamente que varían á la vez; es necesario acudir al plano astral, para demostrar que el pensamiento no es resultado de la acción nerviosa. Si el cerebro está afectado por alguna droga, por enfermedad ó por un golpe, el pensamiento del hombre á quien pertenece el cerebro, no encuentra su debida expresión en el plano físico. Los materialistas indican también que si se tiene ciertas enfermedades, el pensamisnto será afectado especialmente. Hay una enfermedad rara, la afasia, que destruye una parte especial del tejido cerebral cerca del oído, y va acompañada de la falta total de memoria en lo que concierne á las palabras; si se dirige una pregunta á una persona que la padezca, no puede contestar; si se le pregunta su nombre, no responderá; pero si se pronuncia su nombre, dará señales de reconocerlo; si se le lee alguna cosa, mostrará asentimiento ó disentimiento; puede pensar, pero no hablar. Parece como si la parte del cerebro que ha sido afectada estuviese en relación con la memoria física de las palabras; de modo que con la pérdida de aquella parte, pierde el hombre en el plano físico la memoria de las palabras y se vuelve mudo, al paso que retiene la facultad de pensar y puede mostrar su acuerdo ó desacuerdo con cualquiera proposición que se le haga. El argumento materialista viene á tierra cuando el hombre se liberta de su imperfecto instrumento; entonces puede manifestar sus facultades, aunque vuelve á quedar manco cuando de nuevo se ve reducido á la expresión física. La importancia de este punto no consiste en la validez ó nulidad de la posición materialista, sino en el hecho de que el hombre tiene limitada su expresión en el plano físico por la aptitud de su instrumento físico, y que éste es susceptible á las influencias de los agentes físicos; si éstos pueden perjudicarle, pueden igualmente beneficiarlo, consideración que como veremos es de importancia vital para nosotros.

Estos sistemas nerviosos, como todas las partes del cerebro, están construídos de células, cuerpos pequeños definidos, con paredes que encierran un contenido, visibles con el microscopio y modificadas con arreglo á sus diversas funciones; las células están á su vez construídas de pequeñas moléculas, y éstas de átomos: los átomos de la química; cada uno de los cuales es, según ésta, la partícula última é indivisible de un cuerpo simple. Estos átomos químicos se combinan de innumerables modos para formar los gases, los líquidos y los sólidos del cuerpo denso. Cada átomo es para el teosofista una cosa viviente, capaz de tener vida independiente; y toda combinación de átomos en un ser complejo, es también algo viviente. Así, pues, toda célula tiene su vida propia; y estos átomos, moléculas y células, combinados juntamente, forman un todo orgánico, un cuerpo que sirve de vehículo á una forma de conciencia más elevada que la que ellos alcanzan separadamente. Ahora bien; las partículas de que se componen estos cuerpos, están en continuo movimiento; y como son agregaciones muy diminutas de átomos químicos, no pueden percibirse por la simple visión, aun cuando muchas de ellas se ven por medio del microscopio. Si se pone un poco de sangre bajo el microscopio, vemos moverse en ella un número de cuerpos vivos, corpúsculos blancos y rojos, siendo los blancos muy semejantes en estructura y actividad al amœba ordinario; en relación con muchas enfermedades se encuentran microbios, bacilus de varias clases, y los hombres científicos nos dicen que tenemos en nuestros cuerpos microbios amigos y enemigos: unos que nos perjudican y otros que devoran á los intrusos deletéreos y á la materia inútil. Algunos microbios que nos vienen de afuera, hacen estragos en nuestros cuerpos con las enfermedades; otros promueven la salud, y de este modo estas vestiduras nuestras están constantemente cambiando sus materiales, que se allegan y duran por cierto tiempo, y luego se marchan á formar parte de otros cuerpos: un cambio y combinación constantes.

Ahora bien; la gran mayoría de la Humanidad, poco ó nada sabe de estos hechos, y sin embargo, de ellos depende la posibilidad de la purificación del cuerpo denso, convirtiéndolo en un vehículo más propio para habitación del hombre. La persona vulgar deja que su cuerpo se forme de cualquier modo con los materiales de que se surte, sin considerar su naturaleza, sin cuidarse de otra cosa sino de que le gusten y de que sean conformes á sus deseos, y para nada tiene en cuenta que sean ó no á pro-

pósito para la construcción de una morada pura y noble para el Yo, el hombre verdadero, que siempre sobrevive. Éste no ejerce intervención alguna en estas partículas á medida que van y vienen; no las escoge ni rechaza, sino que deja que todo se construya en él, según aquéllas quieran, como el albañil negligente que aprovecha cualquier material de desperdicio para construir su casa: madera podrida, cieno, virutas, arena, clavos oxidados y todo genero de inmundicias. Así, el hombre vulgar, es para su cuerpo el más abandonado constructor. La purificación del cuerpo grosero consiste, pues, en un procedimiento de selección deliberada de las partículas que le componen; el hombre debe ingerirle como alimento los constituyentes más puros que pueda obtener, rechazando lo impuro y lo grosero. Sabiendo que las partículas de que se ha formado en los días de vida descuidada, desaparecerán gradualmente con el cambio natural, á lo menos dentro de siete años, si bien es dado apresurar este proceso considerablemente, debe resolver que no entren más en su construcción partículas impuras; á medida que aumenta los constituyentes puros, organiza un ejército de defensores que destruyen las partículas inmundas que penetren sin su consentimiento; y con una voluntad activa de que su cuerpo permanezca puro, actúa magnéticamente, y rechaza sin cesar de su proximidad todo ser grosero que trate de penetrar en él, formando así una barrera contra las invasiones á que está expuesto, en una atmósfera impregnada de toda clase de impurezas.

Cuando un hombre se resuelve de este modo á purificar su cuerpo y convertirlo en un instrumento adecuado á la obra del Yo, da el primer paso hacia la práctica del Yoguismo; paso que tiene que dar en ésta ó en otra vida, antes de formular seriamente la pregunta: «¿Cómo he de aprender á comprobar por mí mismo las verdades de la Teosofía?» Toda comprobación de hechos suprasensibles depende del completo dominio del cuerpo físico; esta comprobación tiene que hacerse, pero es imposible mientras el hombre se halle fuertemente encadenado en la prisión del cuerpo, ó mientras el cuerpo sea impuro. Aun cuando posea, procedentes de otras vidas más disciplinadas, facultades psíquicas, parcialmente desarrolladas, que se muestren á pesar de las circunstancias desfavorables del presente, el empleo de ellas será defectuoso, cuando dependan del cuerpo físico y éste sea impuro, porque entorpecerá y desnaturalizará el ejercicio de las facultades que funcionen por su medio, y las afirmaciones de éstas no serán dignas de crédito.

Supongamos que un hombre determina deliberadamente tener un cuerpo puro, y, ó bien se aprovecha de que su cuerpo cambia completamente en siete años, ó bien prefiere el camino más corto y difícil de cambiarlo más rápidamente: en ambos casos comenzará inmediatamente á elegir los materiales que han de constituir el nuevo cuerpo; la cuestión de alimentación se presentará la primera. Principiará por excluir toda clase de alimento que pueda formar en su cuerpo partículas impuras y corrompidas. Desechará el alcohol y toda bebida que lo contenga, porque éste contiene microbios de la clase más inmunda, producto de la descomposición, los cuales no sólo son repugnantes en sí mismos, sino que atraen á sí, y por tanto al cuerpo de que forman parte, algunos de los habitantes más inconvenientes del mundo próximo, físicamente invisibles. Los beodos, después de muertos, no pudiendo satisfacer sus odiosos deseos, rondan en las cercanías de los sitios donde se expenden bebidas alcohólicas y rodean á los bebedores, tratando de introducirse en sus cuerpos, para participar de este modo del grosero placer á que se entregan. Las mujeres delicadas rechazarían el vino, si pudiesen ver los seres inmundos que procuran participar de este placer, y la estrecha relación que así establecen con entidades de la clase más asquerosa. Elementales perversos pululan también alrededor: pensamientos de borrachos revestidos de esencia elemental. Al mismo tiempo el cuerpo físico atrae de la atmósfera que le envuelve partículas groseras emitidas por los borrachos y otros hombres viciosos, las cuales pasan á formar parte de su constitución, haciéndole más grosero y degradado. Si observamos á las gentes que están constantemente ocupadas en trabajos en que entra el alcohol, como la fabricación y distribución de bebidas espirituosas, vinos, cervezas y otras clases de licores impuros, veremos que sus cuerpos se han hecho groseros y bastos. Los cerveceros, los taberneros y las personas de todas las clases sociales que beben con exceso, muestran ostensiblemente lo que parcial y lentamente hacen los que forman en su cuerpo las partículas referidas; mientras mayor es la cantidad que se forma de ellas, más basto se hace el cuerpo. Lo mismo sucede con los alimentos impropios del consumo humano. La carne de los mamíferos, de las aves, reptiles y peces, así como la de los crustáceos y moluscos que se alimentan de cadáveres, son alimentos manchados de sangre, impropios de labios arios. ¿Cómo han de ser refinados los cuerpos construídos con tales materiales? ¿Cómo han de ser sensitivos, equilibrados y perfectamente saludables, con el vigor y la delicadeza del

acero templado, tal como se requiere para toda clase de obras elevadas? Los que construyen sus cuerpos con estos materiales corrompidos, atraen también elementales sumamente inmundos, como los que ven los psíquicos en las carnicerías, chupando con sus hocicos redondos y rojizos los charcos de sangre á medio tapar con el serrín. ¿Será preciso que añadamos lo que puede aprenderse de la observación de los que viven en este medio ambiente? Ved á los matarifes y carniceros, y juzgad si sus cuerpos tienen aspecto de instrumentos adecuados para pensamientos sublimes y temas espirituales. Sin embargo, son el producto acabado de las fuerzas que obran proporcionalmente en todos los cuerpos que se alimentan de las viandas impuras que ellos suministran. Ciertamente, ninguna clase de cuidado que se tenga con el cuerpo físico, dará por sí solo al hombre vida espiritual; pero ¿por qué se ha de aumentar la dificultad con un cuerpo impuro? ¿Por qué hemos de consentir que nuestros poderes, grandes ó pequeños, se vean estorbados, empequeñecidos y estropeados en sus tentativas de manifestación por mediar un instrumento que es imperfecto sin necesidad?

Annie BESANT

(Se continuará).

# EL BUDDHISMO

(CONTINUACIÓN)

Burnouf dice, que calculado según la cronología india, coincide el nacimiento de Gautama con el 25 de Diciembre; y también son circunstancias dignas de notarse el júbilo que este hecho, según se dice, causó en los seres celestiales, que entonaron cánticos, la adoración de que fué objeto por parte de Asita, y el haber reconocido los sabios en el niño un Salvador del mundo. Esto tiene tal semejanza con la tradición cristiana, que no cabe dudar que estén íntimamente relacionadas, representándose con ambas tradiciones un mismo principio.

Quizás doliera al rey Suddhodana el que su hijo, ya crecido, no pudiera ocuparse en los asuntos de la corte, dada la condición divina que todos reconocían en él, y por esto edificó tres palacios, donde pasase las tres estaciones que se dejan sentir en aquel país. El primero tenía nueve pisos, el otro cinco y el tercero tres. Cada uno de estos palacios estaba rodeado de floridos jardines, con fuentes de agua cristalina, árboles llenos de pá-

jaros, y pavos que se paseaban sobre el verde cesped, haciendo grata la estancia. No se descuidó la instrucción del niño en las artes y en las ciencias, pues tenía los mejores maestros; pero de ellos nada podía aprender, pues era sabio por naturaleza, y como tal se reveló niño aún.

Cuando Gautama contaba 16 años, se desposó con la princesa Yasodhara, hija del rey Suprabuddha. Si tratara de hacer un examen comparativo entre Gautama y Jesús, este hecho me ocuparía largo espacio; pues si Çakyamuni no instituyó el sacramento del matrimonio, fué quien demostró que no estaba reñida la virtud con este acto; y en cambio se atribuye á Cristo haber tratado dicho asunto, que sin embargo, fué el primero en no cumplir. Respecto á Gautama, puede decirse que lo encontró instituído, y en el sentido de la más estricta moral lo aceptó.

A pesar del cariño de su esposa, de su hijo, de los cuidados que le prodigara Suddhodana, su padre, y de todas las comodidades con que la corte brindaba al joven príncipe, Siddartha abandonó todo, y huyó al monte para descubrir la causa de nuestros sufrimientos y el medio de evitarlos.

Como los astrólogos habían predicho con motivo de su nacimiento que abandonaría su reino y se convertiría en un Buddha, su padre, no queriendo perder su hijo, evitó siempre el mostrarle aquello que pudiera darle idea de las miserias humanas y la muerte. Estaba Gautama como prisionero en sus bellos palacios, limitados por altas murallas; pero un *Deva* se le apareció en cuatro ocasiones, y cada vez bajo una forma sorprendente y distinta. Primero fué un anciano encorvado por los años, luego un hombre enfermo, después un cadáver, y por último, un venerable ermitaño. Estas visiones, que también presenció su servidor Channa, le impresionaron de tal modo, que, cuando tenía 29 años, una noche mientras todos dormían, se levantó, dirigió una última mirada á su mujer y á su hijo Rahula, que también estaban entregados al sueño, llamó á Channa, montó en su caballo blanco, el favorito Kantaka, y salió del palacio.

Los Devas, para favorecer su huída, habían sumergido en un profundo sueño á la guardia, y le abrieron las puertas que estaban cerradas.

Así llegó Siddartha al río Anoma, muy lejos de Kapilavastu; saltó de su caballo, cortó con el machete su pelo, y dando sus adornos, así como su montura á Channa, le ordenó que los llevara al rey, su padre. Entonces se dirigió á pie hacia Rajagriha, capital del Magadha. Ya en el bosque de Uruwela encontró ermitaños, hombres muy sabios, de los cuales se

hizo discípulo, con la esperanza de encontrar el conocimiento que deseaba. Estos ermitaños eran Yoguis ó ascetas indios, los cuales enseñaban que con severas penitencias y la tortura del cuerpo, puede adquirir el hombre la sabiduría perfecta. Gautama aprendió sus sistemas y practicó sus mortificaciones; pero no halló por esto la razón de los sufrimientos humanos. Internóse en una selva, cerca de un paraje llamado Buddha-Gaya, con cinco compañeros, Kandanya, Bhaddaya, Wappa, Mahanama y Assaji, donde pasaron seis años en ayuno y meditación, sentados y con los ojos y los oídos cerrados para todo lo que podía interrumpir sus reflexiones internas. Gautama fué tomando cada vez menos alimento y agua, hasta no comer al día más que un grano de arroz ó alegría (ajonjolí). Con esto no consiguió más que debilitarse, hasta que un día, durante su meditación, le faltaron las fuerzas y cayó en el suelo sin conocimiento.

Sus compañeros le creyeron muerto, pero poco despues volvió en sí convencido de que la ciencia perfecta no se podía adquirir con sólo el ayuno ó el sufrimiento corporal, y que debía ganarse con el ejercicio de la inteligencia. Por esto tomó la resolución de comer para poder vivir, al menos el tiempo suficiente para adquirir la sabiduría, y aceptó el alimento que Sujata, la hija de un noble, le ofreció al verle echado al pie de un árbol llamado Nuga. Recobró fuerzas, cogió su plato, se bañó en el río Naranjara, comió y se volvió al monte. A consecuencia de estas reflexiones, se dirigió por la noche hacia un árbol llamado Bodhi ó Asvattha, con resolución de no moverse de allí hasta que alcanzára el estado de Buddha.

Al cabo de grandes esfuerzos consiguió descubrir la causa de la miseria humana y la perfecta sabiduría. Entonces tenía Gautama 35 años. En seguida empezó á predicar su doctrina por todas partes, durante más de cuarenta años, y repartió sus discípulos, que eran bastantes, según su capacidad, para que instruyeran al mundo. Buddha mismo se dirigía al pueblo en lenguaje vulgar y le hablaba en parábolas, como lo hizo más tarde Jesús; Buddha desencarnó, según su doctrina, á los 80 años.

### LAS ENSEÑANZAS DE BUDDHA

¿Cuáles son las enseñanzas que predicó Buddha? Combatió la ignorancia (Avidya) con la sabiduría (Pragna), y el espíritu de su doctrina puede resumirse en una sola palabra: Justicia.

Si indagamos el significado de la palabra Buddha, veremos que no es

el nombre de una divinidad, sino el de una condición ó estado al cual pueden llegar todos los hombres. Significa Iluminado, esto es, que posee la perfecta sabiduría. Nunca se hizo pasar Gautama por un Dios, y en este sentido persisten los buddhistas, los cuales no le adoran como á tal; sólo tratan de imitarle, y para conseguirlo, le tienen siempre presente, honrando su memoria en cuantas ocasiones se les presentan. Además de esta prueba de humildad y justicia, dió Buddha igualmente otra poderosa: la de admitir otros Buddhas anteriores á él, lo cual destruye todo exclusivismo en el culto y ataca al fanatismo.

En su moral combate las pasiones y el amor á lo ilusorio; y únicamente preconiza lo real como meta de los esfuerzos humanos, apartándonos de los objetos indignos. En esto se encuentra basada toda su doctrina, y en esto también consiste el gran secreto de la existencia y del destino humanos que enseña á no estimar esta vida más que en su valor real; asimismo comprende el conocimiento de Buddha, llamado las «cuatro nobles verdades», el cual es la única luz que puede disipar las tinieblas de nuestra ignorancia. Estas verdades son las siguientes:

1.ª Las miserias de la existencia.

2.ª La causa de la miseria, que es el deseo de regalarse, siempre renovado y jamás destruído.

3.ª La destrucción de este deseo; y

4.ª Los medios de obtener esta destrucción.

Buddha predicaba que los sufrimientos pueden ser destruídos haciéndose superior á la sed de vida y de sus placeres, lo que se consigue por los ocho senderos ó Angas, que son: Creencia elevada, pensamiento elevado, palabra elevada, doctrina elevada, medios de existencia elevados, esfuerzo elevado, memoria elevada y meditación elevada; entendiendo que el hombre que comprende y sigue estos Angas, es superior á la pena y podrá atender á su salvación, es decir, á su emancipación de las miserias de la existencia y de las reencarnaciones, las cuales son debidas á la ignorancia, á la concupiscencia y á los deseos insaciables. La emancipación se ha conseguido al llegar al estado del Nirvâna. Con esto creó Gautama una valla fortísima contra la inmoralidad, pues su revelación demuestra que el mérito ó demérito de una encarnación crea para la vida sucesiva la dicha ó el sufrimiento, que es la doctrina de la causa y el efecto tan conforme con la ciencia, por ser resultado de una ley de desarrollo, que á partir de lo imperfecto é inferior, lleva á una

condición perfecta y superior; esta es, en una palabra, la evolución hoy innegable.

En todo esto queda comprendido el por qué de las diferencias materiales é intelectuales entre los hombres, y la explicación de las tres clases de Buddhisatas, que son:

1.° Paññádika ó Udghatitagñya, «el que llega pronto.»

2.° Saddhadhita ó Vipachitagñya, «el que llega menos pronto.»

3.° Wiriyadhika ó Gneyya, «aquél que aún tarda más.»

El Buddhisata es el que sobresale por su perfección, el cual llegará en alguna encarnación á Buddha, habiendo entonces, por su piedad, renunciado al Nirvâna, para arrancar á la Humanidad de la ignorancia y el mal. Siendo los tres grados del Buddhisata la escala por la que se representa la mayor ó menor posibilidad de alcanzar la perfección.

Los buddhistas enseñan que la reencarnación está bajo la influencia de *Karma*, preponderancia de la virtud ó del demérito adquiridos en la encarnación anterior, y esto se halla del todo conforme con la ciencia que dice: la nueva forma es en parte el resultado de las influencias que predominaron en las generaciones próximas pasadas; como la ciencia, también Buddha admite que todos los seres están sometidos á la ley universal de causalidad.

No todos los hombres pueden ser Buddhas, porque el Budda es sólo uno de los muchos que llegan á alcanzar el Nirvâna, y que, sin embargo, se reencarnan por necesitar de su auxilio la Humanidad para conseguir el Nirvâna. También enseña el Buddhismo que el número de mundos habitados es innumerable, y que únicamente Karma es quien determina aquel en que ha de nacer otra vez el hombre que ya existió en otro planeta: el estado de estos mundos está directamente relacionado con el grado de perfección que en ellos ha de alcanzar el hombre.

Buddha resumió en un Sutta ó verso toda su doctrina, y es como sigue:

Abstenerse de todo pecado.
Adquirir la virtud.
Purificar el corazón.
Tal es la religión de los Buddhas.

Como se ve, aquí queda perfectamente definido el carácter activo y pasivo de esta doctrina: «Absteneos de pecado» es su propiedad pasiva; pero «adquirid la virtud», es su cualidad activa. No solamente se ha de

omitir el pecado, sino que es preciso ser virtuoso; y sabemos por desgracia que hay quien no peca por temor al castigo, no por amor á la virtud.

El credo está sustituído de una manera eminentemente lógica; no se debe decir creo, y sí se considera mucho más meritorio el creer. En la doctrina de Buddha vemos esto claramente en la Tisarana, que dice:

«Sigo á Buddha como á mi guía, sigo la ley como á mi guía, sigo á la Iglesia como á mi guía».

Esta Iglesia está constituída por los Attha, Ariya, Puggala, que son aquellos ascetas que han conseguido uno de los ocho grados de perfección. Aún más: hay cinco preceptos impuestos á los buddhistas en general, y que se conocen por Pança Sila.

Yo me debo abstener:

1.° De destruir la vida de los seres.

2.° De robar los bienes de otro.

3.° De todo comercio sexual ilegítimo.

4.° De mentir.

5.° De usar bebidas que embriaguen ó drogas soporíficas.

Es meritorio el observar los otros tres preceptos que siguen:

6.° Abstenerse de comer en tiempo inoportuno.

7.° De bailar y cantar de un modo inconveniente; y

8.° De usar olores, perfumes, cosméticos y otras futilezas.

La reunión de los cinco primeros preceptos y estos otros tres, forman los Atthanga Sila; y agregados á los dos que siguen forman el Dasa Sila ó Decálogo que es obligatorio para los sacerdotes.

Yo debo abstenerme:

9.° De usar camas largas y altas.

10. De recibir oro y plata.

Otras reglas dispuso Gautama para la dirección de su orden, en las que se comprende la disciplina, represión de los sentidos, el modo de vestir, régimen, etc., é instrucciones para llevar una vida irreprochable. Todas estas enseñanzas están contenidas en las obras llamadas Tripitakas. La primera de estas tres colecciones es el Vinaya Pitaka, que contiene las citadas reglas de disciplina para los sacerdotes; la segunda ès el Sutta Pitaka, que contiene instrucciones para los laicos; y la tercera, el Abidhamma Pitaka que comprende la metafísica del buddhismo. Los buddhistas no creen que estos libros sean inspirados, como los cristianos

la Biblia; pero los veneran por contener todas las partes de la «Ley Excelente», cuyo conocimiento puede salvar al hombre.

Tan gran bondad y belleza contienen las enseñanzas meditadas por Buddha al pie del árbol Bó en 49 días, árbol que llamó Ajapâla, que sus cinco compañeros y cuantos le escuchaban fueron convencidos. No cabe duda sobre la sencillez encantadora de estos preceptos tan fáciles, que le atrajeron 60 discípulos en cinco meses; y tal fué lo dicho desde su primer discurso, conocido por el «Sutta del establecimiento de la Ley», y pronunciado en Isipatana en el parque llamado de los Ciervos, cerca de Benares.

Después de esto, Buddha reunió sus discípulos y los envió en distintas direcciones para que enseñasen, y él mismo daba ejemplo durante los ocho meses en que allí cesan las lluvias, yendo de pueblo en pueblo enseñando y predicando. En los otros cuatro meses se detenía en un sitio dando instrucciones á sus discípulos declarados.

Su padre aceptó el buddhismo: su hijo y esposa abandonaron el mundo y adoptaron las enseñanzas de Buddha, y su tía la princesa Pragápati Gautami, fué la fundadora de la orden de religiosas mendicantes.

Además de lo ya indicado, enseñó Buddha que hay dos cosas eternas: el Akasa y el Nirvâna. Todo procede del Akasa conforme á una ley de movimiento inherente, y según una cierta existencia, desaparece. Ninguna cosa procede de nada. Los buddhistas no creen en los milagros, niegan la creación y no conciben un creador; admiten la materia eterna en cuanto á su esencia como una manifestación del Akasa: y en cuanto á la forma dicen que son simples modificaciones.

El *alma*, en el buddhismo, es una palabra sin otro sentido que el que la atribuye la ignorancia cuando la emplea para expresar una idea falsa; sin embargo, aquello que renace, lo imperecedero que se reencarna, es una agregación de Skandhas ú otra personalidad, resultado de las últimas aptitudes morales de la persona muerta. Estos Skandhas son cinco: Rupa, Vedanâ, Saññâ, Samkhârâ y Viññâna. Con el término Rupa se expresan las cualidades materiales; Vedanâ indica la sensación, Saññâ las ideas abstractas; Samkhârâ, las tendencias de la inteligencia, y Viññâna, los poderes de la misma. Todos estamos formados por estos elementos; por ellos tenemos conciencia de la existencia, y por medio de ellos nos comunicamos con el mundo que nos rodea. Algo falta para completar esto. Si todos estamos constituídos por igual número de estos

principios, ¿cómo no somos iguales? He aquí el Karma que gobierna el género y la reencarnación del individuo. Las diferencias dependen de las combinaciones de dichos Skandhas y del que en nosotros predomina. Nuestras encarnaciones son debidas al Tanha (deseo de vivir); con esta fuerza almacenada, los Skandhas se reencarnan con una sola existencia en muchas vidas, y el progreso sólo depende de la superioridad de cada Skandha en nosotros mismos. Así nuestras formas se pierden en sucesión continua, mientras el individuo avanza en el camino ondulatorio que conduce al Nirvâna, y cuyos pasos sólo se recuerdan antes de la meta con raras excepciones. Si embargo, el buddhismo nos enseña, que si sólo por conseguir el Nirvâna hacemos el bien, resulta tan egoísta cual si se tratara de un comercio asqueroso.

En el Singalowada Sutta predicado por Buddha en el bosque de los bambúes cerca de Rajagriha, declara que uno de los deberes del maestro es el de instruir al alumno en las ciencias, y se encomienda no creer nada que no esté conforme con la razón, aun cuando lo veamos escrito en los libros ó nos lo digan los sabios.

El fanatismo queda muy mal parado con esta doctrina. Nada de ídolos; «observad los preceptos y no las ceremonias»—dijo Buddha;—y en el Sanyutta Nikaya previene que se esté en guardia contra la mistificación de la verdadera doctrina. Sólo las buenas acciones dan fruto, no las bellas palabras. He aquí una vez más la sencillez de su doctrina. La meditación fué siempre encomiada por él, é indicó dos medios para con ella conseguir la sabiduría. El Samatha y el Vidarsana. El primero consiste en moderar la pasión por medio de la reflexión; el segundo en adquirir la sabiduría anormal por la reflexión.

---

La influencia que esta doctrina produjo en el pueblo indio, fué la moral pura puesta á su alcance. Ansioso de poseer aquello que se le vedaba; deseando salir del estrecho recinto en que la división de castas le tenía cercado para extender sus efectos, para aprender y cultivar todo aquello que eleva al ser, Buddha fué su libertador. Aquellos que le siguieron ya no anhelaban imposibles; todo estaba á su alcance, y renunciaban gustosos á todo. Llegó á ser tan robusta su iglesia, que resistió aun los efectos del tiempo; y hoy, al cabo de más de 2.000 años, cuenta en su seno casi la mitad de los pobladores de la tierra.

Entre los que trataron de perpetuar la moral de Buddha, se sabe del rey Bimbisara, que hizo esculpir los puntos principales que forman el Dhatu Vibhanga Sutta, en láminas de oro. En la estación lluviosa que siguió á la muerte de Çakiamuny, se reunió un concilio de 500 Arahats, presidido por un discípulo suyo llamado Maha Kasypa, en el cual se fijaron las reglas de la orden. Un segundo concilio tuvo lugar en Vaisali, en el templo Walukarama un siglo más tarde, y bajo la presidencia de Yasat Thera. En el año 226 de la Era buddhista, se reunió un tercer concilio en el templo Asokarama, presidido por Moggaliputtatisa, y bajo la protección de Asoka, rey de Magadha, y el más poderoso del Asia en aquella época, á cuyo rey debe el buddhismo mucho, pues ordenó grandes misiones que llevaron la doctrina á otros pueblos y continentes. Construyó monasterios, hospitales y templos, y mandó grabar en piedra parte de la doctrina de Buddha.

En resumen; el buddhismo difiere de las demás religiones, en que enseña la bondad más elevada, sin un dios; la continuidad de la existencia sin el alma y sin un cielo objetivo; la salvación sin un salvador exprofeso, y la redención por uno mismo.

Cuarenta y cinco años empleó Gautama, á contar desde el momento en que fué Buddha, para convertir á su pueblo y sentar las bases de toda su doctrina. Una vez cumplido el plazo que le era dado, se fué una noche á Kusi-Nagara, punto situado á 120 millas de Benares, y sintiendo su fin próximo, extendió entre dos árboles Sol la estera que le servía de lecho, donde se echó con la cabeza al Norte. Pasó la noche predicando á los príncipes Malliya; convirtió á Subhadra, y habló de su doctrina á todos los presentes. Cercano ya el día, quedó en estado Samâdhi y abandonó en seguida su cuerpo.

Las últimas palabras que dirigió á sus discípulos fueron éstas:

«Mendicantes, yo os doy en este momento la prueba; las partes del hombre y sus poderes deben disolverse. Conseguid pronto vuestra Salvación.»

Así acabó Buddha su obra en la tierra.

Manuel TREVIÑO.



# INTRODUCCIÓN Á UNA NUEVA CIENCIA DE LA NATURALEZA

Hoy, aun cuando algo tarde, nos hemos de ocupar en una interesante obra que está viendo la luz en Portugal. Aunque los libros revelan de una manera ú otra las cualidades del autor, éstas no debieran tenerse en cuenta cuando se trata de emitir un juicio imparcial sobre aquéllos; pero el presente caso, en que tanto bueno se nos ha notificado sobre el autor de la *Introducçao a uma nova sciencia da Natureza*, resulta una excepción, pues no se podrían juzgar bien las doctrinas vertidas en el libro sin tener en cuenta que su autor las practica hace muchos años. Dice el Dr. Rabello da Silva en su obra: «Quantas vezes os que decretam as *penas*, os que *castigam*, precisam mais do *castigo* que os *castigados!*» Y esto, que revela un sentimiento humanitario y un espíritu de estricta justicia, es el fiel reflejo de lo que siente y hace el autor. Su amor al prójimo lo atestiguan sus biógrafos con cifras, consignando las innumerables consultas gratuitas que diariamente hace, y los medicamentos también gratuitos que suministra. Con tan elevados sentimientos, pensó encontrar el remedio para todos los males que sufre la Humanidad, y explica por medio de un tecnicismo médico en lo que estriban las relaciones sociales, sus defectos, los modos de corregirlos; é invadiendo un terreno harto difícil, y burlando los límites que la materia pone á la investigación de los fenómenos, trata de Dios, del absoluto, y de la creación del Cosmos.

Poco hemos podido leer de la *Introducçao a uma nova sciencia da Natureza*, puesto que aún no está terminado el primer volumen; pero no deja de sorprender lo contenido en las 384 páginas que tenemos delante. El resumen de las materias contenidas en esta parte del libro, pone de manifiesto su importancia, por cuya razón las extractamos aquí.

Empieza con algunas consideraciones sobre las enfermedades y la medicina; sigue con otras sobre la vida, sobre la formación del alma humana y sobre el origen del Universo; desarrolla la idea de Dios y el concepto científico de la formación de los mundos; y por último, trata de la religión y de la ciencia, y expone algunas observaciones acerca de la medicina, las enfermedades y sus causas.

La exposición de estos temas y su desarrollo, hecho siempre con períodos llenos de belleza y facilidad, constantemente conduce á un ideal que desde el principio duda el autor que pueda ponerse en prática. El amor universal, la armonía absoluta que naturalmente debiera imperar en los elementos constitutivos del hombre, de los pueblos, de la Humanidad y del Cosmos, es su aspiración constante. Es imposible emitir un juicio exacto sobre las opiniones vertidas por el autor en el libro, por no estar éste terminado, y sin concluir muchas de las expeculaciones apuntadas en el trozo que hemos leído. Por esto no podemos tratar sino de generalidades, y éstas sólo refiriéndonos á lo contenido en la parte examinada. Es lástima que la publicación no se haga más á prisa, y entonces hubiéramos podido juzgar de toda ella.

Según confiesa el Dr. Rebello en el segundo capítulo de su obra, ni es partidario de las «fantasías de los metafísicos, ni del amplio campo de los materialistas»; y así es la verdad, según se desprende del espíritu de su obra, que es la exposición de un estudio detenido y meditado de la Naturaleza, para encontrar la explicación de todo cuanto observamos y concebimos. Dado este método de estudio, coincide el autor con muchas de nuestras ideas, ocurriendo esto casi siempre que trata de la acción que ejercen sobre el hombre y su organismo las fuerzas externas. Así dice en su primer capítulo: «Las epidemias son dolencias universales íntimamente relacionadas con las alteraciones químicas del globo; en estas alteraciones químicas, y en discordancia absoluta con lo que debe ser, se engendran y producen muchísimas enfermedades ó estados anómalos de la Naturaleza.»

«Las epidemias son una generalización de las endemias; todas ellas se relacionan íntimamente con las condiciones anormales de la tierra, de las aguas y de los aires; son las enfermedades del globo reflejándose más ó menos perniciosamente en las organizaciones superiores que lo pueblan; son corrientes de integración y desintegración, arrastrando violentamente á los seres vivos donde los arrastran otros procesos y otras formas patológicas.»

Sin embargo, este método, no iluminado con un conocimiento metafísico profundo, le conduce á dar una importancia grandísima á los procesos químicos, incurriendo, quizás involuntariamente, en el proceso actualmente seguido por todos los científicos que desdeñan el buscar el noumeno de las cosas. Las combinaciones químicas, las mixturas de los elementos,

son debidas á algo superior, á algo que llena los espacios y se encuentra en el corazón de los átomos; pero este algo no es sólo substancia universal, no es la materia pura ni la materia activa, como supone el Dr. Rebello; es una fuerza, pero no como la entiende hoy la ciencia, sino una fuerza inteligente y dotada de todas las características que distinguen á una entidad.

No cabe duda, y está en lo cierto el autor, al suponer evidente «que las corrientes maléficas, algunas veces como terribles ciclones, parten de las supremas regencias de la vida»; pero esto no supone que las alteraciones químicas se produzcan «fuera de ese momento ontológico y legislativo, siendo combinaciones de fuerzas fuera de lugar». De otro modo ¿se podría concebir que la tierra y todo el Universo estuviera condenado á morir, sólo por un error de la Naturaleza? Pues esto se desprende al leer la rotunda afirmación que el autor hace en el cap. IV, diciendo: «Nada ha eterno». Si se refiere á la forma, tiene razón; pero ¿y el noumeno? ¿Y la raíz de todo?

Armonizando las doctrinas del substancialismo con un estudio de la Naturaleza, al cual debe quedar sujeto aquél, se comprende la obra del Dr. Rebello.

En el transcurso de los siete capítulos que hemos leído, se encuentran afirmaciones como las siguientes:

«Ese sistema de armoniosas funciones del cerebro humano, es lo que todos llamamos alma humana.» «Un día no muy lejano, alguien vendrá que os diga: aquí tenéis la composición química del alma humana y de todas las fuerzas de la Naturaleza, más ó menos conscientes de sí y de sus destinos.» «Todos los órganos que funcionan desarrollan en torno suyo y en sí mismos unas fotósferas propias especiales...» «Lo que llamamos facultades del alma humana, son una serie de combinaciones primordiales de las energías cerebrales, formas más ó menos fijas, y que entran en la composición del mundo moral de los seres humanos.» «El hombre es el que hace á Dios, á su imagen y semejanza.»

Ante esto queda perplejo el espíritu sin saber si en algunos párrafos se decide el escritor por las ideas materialistas, ó atribuye otro valor á los términos que emplea en sus discursos. Combate decididamente las religiones, acusándolas de perniciosas por los misterios que suponen guardar, y olvida que la ignorancia del hombre es la que hace que todo resulte misterioso, y que busque por todos los medios que están á su

alcance descorrer el velo que cubre el santuario. Lo censurable es la indolencia y el egoísmo que hacen persistir la ignorancia y el abuso que en provecho propio se comete al emplear las formas externas que ocultan la verdad ante las masas. Pero esperemos que el Dr. Rebello da Silva termine la publicación de su libro, y no anticipemos juicios que podrían luego ser rectificados.

AL-MUKHFA'.

---

El día 6 del mes pasado ha muerto nuestro querido hermano D. Joaquín Balaña, miembro de la Rama de Barcelona de la Sociedad Teosófica. Los que hemos tratado al Sr. Balaña, y conocíamos su bondad y buenas cualidades, sentimos muy de veras su muerte, que á todos nos ha sorprendido.

---

*La Revelación*, de Alicante, en sus números de Marzo y Abril, trae un artículo del Sr. Mascarrell, intitulado: *Error transcendental (sic) de la condicional é inmortalidad del Alma Humana*, en contestación al publicado en Sophía por el Sr. Melián en el número de Enero, bajo el epígrafe: *Condicional Inmortalidad del Alma Humana*. Bien que el Sr. Mascarrell no muestra en su escrito la sinceridad con que otras veces ha sabido obtener la contestación que se debe á todo investigador de buena fe; pues á todas luces aparece tergiversando intencionalmente los conceptos expresados en el artículo que trata de refutar, el Sr. Melián creyó de su deber contestar por última vez, teniendo en cuenta la excepción porque este señor se había hecho acreedor hasta entonces; pero como quiera que esta contestación no interesaba á los lectores de Sophía, y sí únicamente al Sr. Mascarrell, y quizás también á los lectores de *La Revelación*, el Sr. Melián envió al director de la citada revista su artículo, el cual le ha sido devuelto, siendo rehusada su inserción, circunstancia que motiva esta noticia, por lo que pudiese interesar al Sr. Mascarrell.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27, Madrid